

**Ante las elecciones generales del 12 de marzo**

**SÍ ES POSIBLE GANAR :**

**EXPULSAR AL PP DEL GOBIERNO**

El balance de los cuatro años de gobierno del PP, partido del gran capital financiero español, es contundente en sus resultados: España, efectivamente, va bien.... para la burguesía.

Han sido cuatro años de políticas aceleradas para disparar los beneficios del capital, para entregarle a precios de saldo la práctica totalidad del patrimonio industrial y financiero público, para abrirle nuevos mercados de negocios con la preparación de la privatización de la sanidad pública y del sistema de pensiones. Cuatro años en que las condiciones de lo que ellos llaman 'el mercado de trabajo' están modificándose multiplicando la explotación, los sueldos miserables, la precariedad, la indefensión frente a los despidos, las jornadas escandalosas y los accidentes laborales directamente relacionados con todo ello. Cuatro años en que la supuesta reducción del paro se ha logrado con un buen método expeditivo: cambiar los criterios estadísticos para considerar una persona parada (con unas pocas horas semanales de trabajo ahora ya no eres un parado). Cuatro años de multiplicación de las subvenciones a la enseñanza privada religiosa y de estrangulamiento financiero y moral de la pública, de reducción drástica de los impuestos que pagan las empresas y el capital.

No ha habido oposición en este tiempo en que la clase obrera y la juventud han ido encajando nuevos ataques a sus condiciones de vida, a una velocidad mucho mayor de la que pudieron imprimir los gobiernos del PSOE, simples aficionados en estas faenas al lado del PP. Sin poseer una mayoría suficiente para gobernar, pero con el apoyo inestimable del partido de la burguesía nacionalista catalana CiU, el PP ha tenido en todos los campos -a excepción de la cuestión nacional vasca, donde enfrenta poderosísimas movilizaciones- manos libres para actuar sin reparos ni complejos en la dirección que exige la clase a la que representa.

Los partidos que tradicionalmente han organizado a la clase obrera, el PSOE y el PCE (ahora vergonzante bajo las siglas IU), cada uno en diferente medida y a pesar del gravísimo desprestigio que sufren, han seguido siendo utilizados por los trabajadores y trabajadoras para expresarse políticamente como clase en cada convocatoria electoral. Pero esa expresión, por cierto muy deformada, no ha tenido continuidad política más allá de las propias elecciones. Las direcciones y aparatos de esos partidos, una y otra vez, traicionan el sentido de

ese voto. En crisis permanente por cuestiones totalmente impresentables y ajenas a los intereses de la clase social que les vota, no han movido un dedo para organizar la movilización contra el gobierno de Aznar y su política antiobrera. En la inmensa mayoría de las ocasiones ni siquiera la han denunciado parcialmente fuera de las campañas electorales y en otra buena cantidad de circunstancias incluso la han apoyado (política respecto a la Unión Europea, guerra imperialista en los Balcanes, en el caso del PSOE: represión contra el País Vasco en ambos) Es más, y para acabarlo de adobar, han estado enzarzados en una política criminal de división de los trabajadores, que si bien tuvo su punto álgido en la campaña anterior (recordemos el leiv motiv de Anguita: 'PP y PSOE están en la misma orilla' o 'PP e IU la misma mierda', de Felipe González) no ha cesado hasta hace unas pocas semanas.

Las direcciones de las centrales sindicales mayoritarias (UGT y CCOO) tampoco han tenido la menor intención de movilizar a la clase, es más, han colaborado abiertamente en casos tan cruciales como la reforma laboral y del estatuto de la función pública. Unas y otras direcciones -de los partidos y sindicatos- viven del presupuesto público, su mayor fuente de financiación, y reinan en unas organizaciones con una bajísima afiliación obrera, colaborando lealmente, a través de una gran maraña de organismos, con el aparato del Estado y las patronales y, como se sabe, quien paga, manda.

Una novedad, sin embargo, marca la próxima campaña electoral. El reciente pacto PSOE- IU, parece abrir una vía de esperanza para acabar con el gobierno del PP.

Pero ¿qué efectos reales va a tener este pacto? Ha sido lo suficientemente tardío como para que unos y otros puedan justificarse por no incluir las candidaturas al Congreso de los Diputados. Sin embargo, es precisamente en el Congreso donde hay que obtener mayoría para poder formar gobierno. Las direcciones de los aparatos han sido capaces de llegar a un acuerdo en sólo cuatro días, después de largos años de política de división, pero, sin duda, han querido evitar verse en la tesitura de poner *de verdad* en peligro la continuidad del gobierno de la derecha. No está claro, por tanto, que el pacto tenga una auténtica influencia a la hora de evitar la división del voto que favorece al PP. Tampoco está claro que, por su contenido, pueda llegar a ilusionar a una parte del electorado de la clase obrera y la

juventud anteriormente abstencionista, lo que, de ocurrir, podría tener un efecto multiplicador, por encima de la simple suma de votos de ambas organizaciones.

En cualquier caso, lo que sí está claro, es que el pacto no pretende crear un frente de clase, independiente de la burguesía, para formar un gobierno obrero a favor de la gran mayoría social que son los trabajadores, las trabajadoras y la juventud del Estado Español. La semi-alianza PSOE-IU respecta todo el marco político, económico, institucional, militar, internacional e incluso ideológico ensamblado con tanto cuidado durante los últimos 25 años bajo la monarquía del heredero de Franco. La adaptación a este marco llega a aceptar los turbo-cambios de la última legislatura PP como hechos de los que partir, nunca como posiciones que recuperar. En cada nuevo mitin nos hacen saber que nada importante será puesto en cuestión:

ni la OTAN, instrumento de guerra contra los pueblos, a la orden de los USA,

ni la Unión Europea de la libre circulación de capitales y mercancías perfilada por las alambradas y centenares de ahogados en pateras de emigrantes; la de los bombardeos sobre poblaciones civiles, la que destruye sectores completos de la industria como la construcción naval y la minería, aterrada ante sus posibles subvenciones, la que arruina al pequeño agricultor y a la agricultura mientras se muestra encantada subvencionando a los terratenientes.

ni las privatizaciones con las que ha hecho su agosto el gran capital financiero, ni la reforma laboral del paraíso de las ETT,

ni ninguna de las políticas antiobreras y antidemocráticas anteriores, incluida la época de los gobiernos PSOE (por ejemplo la Ley Corcuera).

Y aún menos cuestionarán la condición de cárcel de pueblos que tiene el Reino de España y la brutalidad represiva con la que se niega el derecho a la autodeterminación exigido muy especialmente en el País Vasco con movilizaciones masivas y continuas, siempre escudados por el terrorismo de ETA, cuya tregua ha sido abortada interesadamente por el propio gobierno.

Está claro que no cabe ningún tipo de ilusión respecto a cómo actuarán las direcciones del PSOE y del PCE-IU. De hecho, evitarán, en la medida de lo posible, tener la mayoría, y, de obtenerla, evitarán gobernar solos, sin ministros directa o indirectamente relacionados con la burguesía, a la que ya han garantizado que son gente de fiar y respetable (es decir, nada

peligrosa para sus intereses). Sin embargo, hay que ir a votar.

El voto mayoritario a estas organizaciones no sólo constituiría un elemento importante a la hora de expulsar al PP del gobierno, sino también de crear las condiciones de conciencia de voto de clase contra clase, que nos demostraría que tenemos mayoría y fuerza suficiente para imponer un gobierno nuestro, no el que sin duda formarán o formarían el PSOE y el PCE-IU, sino un gobierno obrero que rompa con los compromisos de la burguesía y con la burguesía, tanto interiores como exteriores, que gobierne para la clase que representaría, apoyada en ella, que establezca lazos libres con los pueblos.

Esa mayoría y, por tanto, la derrota del PP, significaría un punto de inflexión a nuestro favor en la relación de fuerzas entre las clases sociales, lo que agravaría el gran problema político de la burguesía española, incapaz de recomponerse en un partido único sin las graves contradicciones que le provocan la existencia de los partidos nacionalistas burgueses (CiU y PNV), así como para atraer de manera aplastante el voto de la pequeña burguesía (las llamadas clases medias y voto de centro).

Pero, más allá, esa inflexión es el punto de apoyo que la clase obrera, los trabajadores y trabajadoras, la juventud del Estado Español necesitamos y debemos utilizar para reorganizarnos sobre un nuevo eje político, diferente del de los partidos que hoy se nos presentan como la única posibilidad de representación política y nos traicionan sin contemplaciones. Como la clase social mayoritaria nuestra única esperanza está en la construcción de un partido obrero revolucionario que combata por que los viejos partidos corrompidos, todavía mayoritarios, compongan un frente único de clase y rompan sus lazos con la burguesía. Un nuevo partido que nos sirva para movilizar la inmensa fuerza social que poseemos, que sea el instrumento para acabar con la decadencia de la civilización y la barbarie a la que nos lleva el poder del capital, para acabar con toda explotación y opresión, para construir la sociedad sin clases, el socialismo.

24 de febrero de 2000